

Editorial

La voracidad del sistema capitalista continúa exponiéndose con impudicia en algunos de los países integrados a la Unión Europea, tales los casos de España y Grecia. Lamentablemente, muchos de sus habitantes creyeron en su momento en las ideas difundidas por los aparatos publicitarios que les pintaron un mundo feliz repleto de riquezas al alcance de cualquier mano sin realizar esfuerzo alguno. Confiaron en la ilusión y se entregaron mansamente a los arbitrios de las grandes corporaciones que consolidaron su poder -vía el mandato popular de las urnas- a través del control absoluto de los gobiernos liberales. Muy pocos españoles se mostraron preocupados entonces, aunque el desborde de dinero que permitió un alto nivel adquisitivo y pleno empleo fuera el producto de la instalación artificial de empresas extranjeras que tercerizaban su control sobre las empresas públicas de la América subdesarrollada, expoliada por las políticas neoliberales de privatización y saqueo durante la década del '90.

Luego de una década en la que la transferencia de riquezas se verificó notablemente desde América hacia las grandes corporaciones capitalistas, el escenario de la expoliación se instaló en los países considerados “desarrollados”. Casi con el mismo guión pero ahora en Estados Unidos de Norteamérica como en Europa, los bancos se declararon en bancarota, los gobiernos se pronunciaron solidarios y utilizaron los recursos nacionales para sostener la banca privada, endeudando a sus países en cifras millonarias e hipotecando el futuro de sus ciudadanos. La consecuencia directa fue el aumento abrumador en los índices de desempleo, la pérdida de las condiciones laborales, de derechos laborales y previsionales adquiridos, de recortes en los sistemas de educación y salud.

Mientras los medios de comunicación muestran la crisis europea como una novedad, poco les interesa mostrar la realidad que padece el resto del mundo subdesarrollado, atado como furgón de cola a los manejos del “Primer Mundo”. Como nunca, las desigualdades se han pronunciado a límites extraordinarios y la imposición de estados de subdesarrollo económico ha determinado la entrega absoluta de los recursos naturales, lo que pone en riesgo el futuro mismo del planeta.

Ante este estado de cosas, continúan vigentes las mismas ideas y anhelos que acompañaron a los seres humanos a lo largo de su historia y que dejaron numerosos ejemplos para levantar como banderas de libertad y de cooperación.

La opción sigue siendo la misma: estar a favor de los grupos dominantes o simplemente mirar para otro lado y ser cómplices del saqueo y la destrucción de vidas y naturaleza o comprometernos -desde cada lugar- para sumarnos a la lucha para que las cosas cambien y podamos construir un mundo mejor.

José Luis Parra